

alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorría todos los puestos animando á los musulimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía en las mas espesas escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañsímimas. *Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería musulímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante*: el rebelde Aben Ishak (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros andaba tambien cubierto de crujientes armas, derramando la sangre de los musulimes como el mas feroz de sus enemigos: cedían el campo los musulimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman, viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y espiró al punto: tambien murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gahaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los musulimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los musulimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los piés de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relacion de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que estos tuviesen.

Confiesan tambien los árabes, que si Ramiro no acabó al día siguiente con todo el poder de Abderrahman fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido á derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de Leon de continuar la pelea, so pretexto de tenerle preparada una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los musulimes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habian quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos tambien la relacion que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla del *Foso de Zamora*.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, y los cercados se defendían con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados musulimes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aporillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de musulimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendían aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los esforzados castellanos caían muertos en el lugar

que ocupaban. Los valientes musulimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este día las copiosas recompensas y premios de su alghied: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos musulimes, estos les sirvieron de puentes, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murieron como buenos. La sangre de estos y la de los musulimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecia un lago de sangre.... Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos....»

Hasta aquí la relacion del cronista musulman, de la cual harto claramente se desprende que si los mahometanos llegaron á plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hizo subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirían tambien por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, segun Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora en 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce días despues de la de Simancas (1).

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora: contados días se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo habia sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que habia peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fe este moro, como lo eran generalmente los de su nacion, despues de haber sido traidor á Abderrahman no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro. Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes habia desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramamolín, acaso mas por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan terrible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados, logró fugarse y volvió á obtener entre los musulimes las funciones de walí que antes habia ejercido.

Dos meses mas tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hácia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos (2). Pero el conde de Castilla, Fernan Gonzalez, que debía traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de Leon, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecian al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en union con Diego Nuñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde tambien ó gobernador de alguna comarca. No se descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de Leon al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no solo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernan Gonzalez, cuyo mérito y valor por otra parte

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretacion del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

(2) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasion á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedicion del Tormes habia tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernan Gonzalez. Es el caso que Sampiro dijo: *Deinde post duos menses azeipha ad ripam Turmi ire disposuit*. Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunion de gente armada, tomaronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernan Gonzalez á instigacion del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

## CAPITULO XV

Abderraham III en Córdoba.—Desde Ordoño III hasta Sancho I en Leon

DE 950 Á 961

Grandeza y esplendidez de la corte de Abderrahman III.—Descripcion del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porfirogeneto.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia.—Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez.—Frustra su empresa y repudia á su mujer Urraca.—Muerte de Ordoño III y elevacion de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónole el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Túnez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el Grande de Alemania.—El monje Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderrahman III.—Su corte.—Ciencias, letras, artes.—Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir edificios magníficos y bellos jardines, pasion predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo mas suntuoso y que mas pudiera halagar los caprichos de la imaginacion humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la mas hermosa y linda de su harem, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo nombre llamó á la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores (6).

Para la construccion de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada día diez mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hicieronse quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones y seis mil trescientas eurenta mujeres. Los pavimentos y paredes eran tambien de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artesonados de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones habia elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa habia una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre la fuente del cisne pendía del techo una magnífica perla que habia regalado á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife (7), con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veía el pabellon del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvía de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellon habia una gran concha de pórfito con un surtidor de azogue vivo, que fluía y reflujaba como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcázaras, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales, que parecian vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripcion, dentro y fuera

(6) Otros escriben *Azzahra*.—Aun quedó entre nosotros el nombre de *azahar*, aplicado á la flor del naranjo y del limonero, que es una de las mas aromáticas y agradables.

(7) *Genat al Aryf*, jardin de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavia en Granada al oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competian la naturaleza y el arte.

conocía, al extremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de Gonzalez llamada Urraca (1).

No bien escarmentados todavia los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasion por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Estéban de Gormaz entre el rio y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunían la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores (2). Segun ellos surtió su efecto la enérgica excitacion del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apoderaron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderrahman á su vazir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazir á Medina Leonis (Leon).... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas (3).»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se habia dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtieronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y Leon, hasta que habiendo aquella espirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil prisioneros, y se volvió victorioso á su corte de Leon (4). Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viaje de Leon á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, despues de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades, y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernan Gonzalez. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II, hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia (5).

(1) Sampir. n. 23.—Monach. Silens.—Lucas Tud.—Roder. Tolet.

(2) Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,  
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;  
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

(3) Conde, cap. 82.

(4) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(5) Disputábase mucho todavia sobre si Ramiro II tuvo una sola, ó dos ó mas mujeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus *Reinas Católicas* intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombres de las mujeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometían los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mujeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que así las llama por decoro al erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguacion de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo comun nos sirve de guia sobre este particular en nuestra historia.



del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razón, pues, exclama en su estilo otro escritor arábigo (1), «que solo el Dios del cielo podría llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesión consumió el califa Abderrahman.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó también una *zeka* ó casa de moneda, y otros muchos edificios y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componía de doce mil hombres, cuatro mil esclavos de á pie, cuatro mil africanos zenetas de caballería y otros cuatro mil caballeros andaluces; los jefes y capitanes de esta guardia habían de ser ó de la propia familia real, ó jefes principales de Andalucía. En sus cacerías y expediciones, además de la guardia militar que le acompañaba, llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacía también que le acompañasen algunos vazires, alcabibes, sabios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentación y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo más magnífico y bello que la imaginación de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esa ciudad de maravillas, todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos antojan fabulosas, si no nos certificarán de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Así vivía el califa Abderrahman III el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de Leon, le permitió poderse dedicar más tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicación con los eruditos y sabios de su corte, que eran entonces muchos y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la corte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en Africa y España había llegado á los reinos extranjeros y á los países más apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Omniada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneto, hijo de Leon VI, el que le había regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovación de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habían existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venía escrita en pergaminos con caracteres de oro y azul; esta carta contenía otra en fondo azul y letras de plata, en que se expresaban los regalos que ofrecerían al príncipe musulmán los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo emperador, de quien dicen que era un excelente calígrafo. Cerrábase un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veía el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcaj, forrada de tela tejida de oro y plata, servía de cubierta á la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, Califa reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podía menos de corresponder, y aun era de esperar que excediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderrahman supo que venían los embajadores había enviado á la frontera á Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la corte, las mejores tropas con los jefes más distinguidos salieron á darles escolta. Alojaronse en el palacio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el día de la recepción solemne, que fué el 11 de la luna de rabie

(1) Ahmed Almakari, Hist. de las Dinastías mahom. en España.

primera (7 de setiembre de 949). Aquel día las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en su trono con sus hijos á la derecha, sus tíos á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el órden de su respectiva jerarquía; los hijos de los vazires con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trajes, ocupaban el fondo del salón, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentación al califa de la carta de Constantino. Abderrahman para hacerles los honores mandó á los poetas y literatos de su corte que celebrasen la grandeza del Islam y del califato, dando gracias á Dios por la protección manifiesta que había dispensado á su santa religión humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginación hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y majestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oración, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indisputado y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta, llamado Abu Aly al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un jóven, á quien nadie tenía por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que más bien, dicen, fué un largo poema, con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y después le hizo cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputación de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores, después de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba, despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unían á los dos príncipes.

Habiase extendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extranjeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Carlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Sumario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la corte del califa. Hallábase, pues, Abderrahman III en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del Estado.

Tenia Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudición. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y había escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predilección á Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de más reputación y saber: entre otros había hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenía más celebridad por su ciencia y erudición, y este era el que instruía y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivía en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepción de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instrucción, por su bondad y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Omniadas, había sido declarado por su padre walí alahdí, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walfes, vazires,

alcabibes y demás altos funcionarios del Estado, según costumbre.

Pero Abdallah tenía á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed, conocido por Ben Abdilbar, á quien también hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre había dado á su hermano; que conocía la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamación popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaración hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haría sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador de la dinastía de los Omeyas, que no había vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin, tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza común á todos los hombres, y más comun á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no solo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostración ofrecida, sino á fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los walfes y caudillos y á los hombres de más valer. Así fascina y pierde muchas veces á los mejores y más virtuosos príncipes la lisonja y la instigación de un consejero interesado y ambicioso. Eralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuración á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y este lo denunció todo al califa, designando el día en que estaba dispuesta y acordada la revolución, que era el de la Pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tío Almuhammad, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delación acordaron despachar uno de los vazires de palacio con la misión de sorprender á media noche el de Meruan en que habitaba Abdallah. Hízolo así el vazir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicación. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó este: «¿Te tienes por ofendido porque no reinas?» Abdallah dió solo lágrimas por respuesta. Interrogado después por dos vazires del consejo de Estado declaró cuanto había, por instigación de quién obraba, y que todo era obra de las gestiones de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenía complicidad alguna en la conspiración. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el día de la Pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiración. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que había de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdón de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesión y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería á tus súplicas; pero como iman y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Oman ben Alchitab: así, pues, ni tus lágrimas ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crimen.» El infeliz Abdallah también intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca

(1) Abu Omar ben Afif, en su Historia que perfeccionó Ben Hayan. Conde, cap. 83.

un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche recibió la muerte en su propia habitación, y al siguiente día fué enterado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950)!

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco después falleció el príncipe Almuhammad, tío del rey, con grande sentimiento de este que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y más acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que había sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasión en que Ordoño III acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de Leon. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino días de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado después el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no solo á su tío García de Navarra, sino también á Fernan Gonzalez, suegro del de Leon, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prisión. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de Leon para caer simultáneamente sobre la capital. Pero engañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan apercebidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (952).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infelicidad de Urraca motivo ó pretexto para la anulación del matrimonio, pasando después á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo, que llegó á reinar más adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazón todavía lacerado de Ordoño; pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osara más rebelarse contra el legítimo monarca; el cual, viéndose allí con fuerzas imponentes, no quiso volver á Leon sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á Leon victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasión tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando también y saqueando pueblos desde San Estéban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad había obligado al conde Fernan Gonzalez á volverse á poner al servicio del rey de Leon, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nación.

Disponíase Ordoño III á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus días. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) después de un corto reinado de poco más de cinco años y medio. Su cuerpo fué transportado á Leon y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro (2).

(2) Samp. Chron.